

**NOTA DE EDITORIAL:** En respuesta a la carta del señor Abel Santamaría, publicada en el núm. 57 de **TIEMPO DE HISTORIA**, referente al trabajo «LAS MATANZAS DE BADAJOZ», original de don Rafael Tenorio (aparecido en el núm. 56 de T. de H.), su autor nos manda la siguiente carta:

He leído con mucha sorpresa, en el número 57 de su revista mensual, una carta-protesta del señor Abel Santamaría contra mi trabajo —o al menos contra parte de él— sobre las matanzas de Badajoz (1).

El señor Santamaría, sin embargo, en su crítica se avanza en un terreno que le está vedado: mis fuentes de información y mi bibliografía. Así, podemos leer en su carta: «Con una excepción, ni una sola historia de la guerra civil acepta la fábula contada por el señor Tenorio»; y también, unas líneas más abajo: «La única excepción es una obra sobradamente tendenciosa y desacreditada, de la que el artículo del señor Tenorio toma bastantes datos». Y se refiere a *Guerra y Revolución en España* (versión oficial del PCE).

Ahora bien, el señor Santamaría no me conoce, ni conoce mi método de trabajo, ni conoce —hasta que yo no la haga pública— mi bibliografía, y está, por lo tanto, desautorizado para decir de dónde saco yo mis fuentes de información. Cuando afirma que yo tomo bastantes datos de *Guerra y Revolución en España* me parece evidente una cierta mala fe, ya que el único dato que he tomado para ese artículo pertenece al periodista John T. Whitaker, y corrobora lo escrito por este periodista norteamericano en otro momento, y que fue citado por Herbert R. Southworth.

¿Con que no hay más que una sola excepción? Yo, de momento, y para no alargarme demasiado en esta respuesta, voy a citar a cuatro —y ninguna de ellas es *Guerra y Revolución en España*—, además de un testimonio irrecusable: el de Marcel Dany, periodista entonces de la Agencia Havas, que logró entrar en Badajoz cuando todavía se estaba matando gente en la Plaza de Toros.

He aquí lo que dice César M. Lorenzo: «En Badajoz la matanza se efectuó en dos tiempos: el 14 de agosto, en el momento de la entrada de las tropas en la ciudad, y después cuando Salazar entregó a los rebeldes los refugiados que habían franqueado la frontera portuguesa. Militantes de Izquierda, milicianos y campesinos revolucionarios fueron matados a bayonetazos, apuñalados y fusilados, segados con ametralladoras en la plaza de toros» (2).

Otro historiador que yo cito es Julián Zugazagoitia —¿lo ha leído el señor Santamaría?—, diputado socialista por Bilbao y ministro de Gobernación en el primer gabinete del doctor Negrín, que conoció personalmente al coronel Puigdengolas y a otros refugiados que habían vivido el drama de Badajoz, y que cuenta lo siguiente: «Las ejecuciones se llevaron a cabo en la Plaza de Toros, habiéndose distribuido invitaciones para el espectáculo (...) Grupos de hom-

bres atrallados como perros de caza eran empujados al ruedo para blanco de las ametralladoras que, bien emplazadas, los destruían con ráfagas implacables.

»En los tendidos, los invitados registraban con comodidad las angustias y las muecas de la inválida masa humana que, saliendo de su espanto, intentaba escapar a la condena...» (3).

Y no hay que olvidar que Zugazagoitia ha escuchado los horrores de esta matanza de labios tan ilustres como fueron los del coronel Puigdengolas y, sin duda, de otros refugiados que lograron huir de Badajoz en medio de la hecatombe.

Otro libro —y repito que no quisiera alargarme mucho sobre el tema— es el del dirigente de la C.N.T. y jefe de una división republicana, Ricardo Sanz, que señala: «En Badajoz, los facciosos han cometido el crimen más enorme y espantoso que registra la historia. Más de tres mil antifascistas fueron concentrados en la Plaza de Toros. Y, después de haber ocupado las gradas de la plaza, los elementos oficiales, los falangistas, militares, requetés, incluso "señoritas", empezó el espectáculo.

»Los tres mil presos colocados en redondel, fueron cazados a tiros y muertos todos por las balas de ametralladoras emplazadas en el toril» (4).

En fin, Gerald Brenan, que no necesita presentación alguna, estuvo en Badajoz años después, y dice lo siguiente: «La matanza que siguió al asalto se ha hecho famosa. Todos los prisioneros que habían utilizado sus armas —eran bastantes miles— fueron segados por las ametralladoras en la Plaza de la Catedral y en la Plaza de Toros» (5).

Se podría citar una serie de libros y periódicos que hablan de las matanzas en las arenas de Badajoz, pero no quisiera abusar de mi derecho a respuesta y me limitaré a relatar algunas cosas que me dijo Marcel Dany.

El día 25 de junio de 1979 hablé personalmente con Marcel Dany, quien me comunicó, entre otras cosas muy interesantes, lo siguiente: «En la Plaza de Toros estaban concentrando a mucha gente. En el fondo del toril había guardias civiles que fusilaban a los presos. Yo no pude ver los fusilamientos, pero escuchaba las descargas y oía los lamentos y los gritos de las víctimas. Además tuve tiempo de ver lo que sucedía y escuché los testimonios de la gente. Entre los prisioneros había muchas mujeres...» (6).

Al día siguiente tuve otra conversación con Marcel Dany, y me confirmó, con más detalles, lo que ya me había dicho: «La Plaza de Toros sirvió de prisión durante los primeros momentos (...) Había varios centenares de prisioneros (...) No cesaban de traer nuevos presos en camiones. Yo los vi llegar acompañados de los camisas azules de Falange (...) Vi cómo los llevaban dentro de la Plaza de Toros, escuché las descargas (...) Luego vi cómo sacaban los cadáveres.

(3) Julián Zugazagoitia: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Librería española, París, 1968 —dos volúmenes—, tomo I, p. 124-125.

(4) Ricardo Sanz: *Columna Durruti —26 División—*. Lo que fuimos a Madrid, Imprimerie Dulaurier, Toulouse, 1969, p. 101.

(5) Gerald Brenan: *La faz actual de España*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1964, p. 168.

(6) Conversación con Marcel Dany (25 de junio de 1979) en París.

(1) *Tiempo de Historia*, N.º 56, julio de 1979, p. 4-11.

(2) César M. Lorenzo: *Los anarquistas españoles y el Poder*, Ruedo Ibérico, París, 1972, p. 166 nota 38.

«Muchas mujeres de Badajoz podrían testimoniar lo mismo que yo, ya que se habían congregado alrededor de la Plaza de Toros grupos de mujeres desesperadas que lloraban y gritaban, agarrándose a los falangistas y diciéndoles que sus maridos, padres o hermanos eran hombres buenos, que no los mataran (...) Allí ocurrieron escenas terribles. Los presos eran introducidos en el toril y allí sonaban las descargas. Luego sacaban los cadáveres...» (7).

No quiero entrar en más detalles. Respecto a Hugh Thomas, el libro —los libros— que yo poseo en mi despacho, dice(n) lo siguiente: «Insensiblemente, la represión sucedió después de la batalla (...) Muchos otros que, a pesar de haber sido desarmados, no se habían rendido, fueron fusilados en la plaza de toros» (8). Y Thomas señala también: «El autor (es decir, el propio Thomas) ha hecho una investigación en el lugar del suceso, en 1959, y ha quedado convencido que la historia, tal y como está narrada aquí, es verídica (...) Es cierto que las ejecuciones de Badajoz tuvieron por teatro la plaza de toros, que se encuentra cerca de la plaza de la catedral» (9).

En lo que se refiere a Southworth, creo que el señor Santamaría lo ha leído mal, o no lo ha leído lo suficiente, para enterarse del asunto. Southworth fue el primer autor que denunció las matanzas de Badajoz y el mecanismo del embuste franquista en su libro «El Mito de la Cruzada de Franco» (Ruedo Ibérico, París, 1963, p. 123-124 y notas correspondientes). Ahora bien, la versión francesa —muy aumentada— contiene nuevos detalles, que yo me veo obligado a citar también:

a) Un fotógrafo (probablemente René Bru, que entró en Badajoz) dice: «La toma de Badajoz permanecerá como la cúspide del horror. Después de la toma sucedió la ejecución de más de mil sospechosos en el toril de la ciudad y cerca del cementerio».

b) Una carta de Marcel Dany, que reconoce haber entrado en Badajoz cuando «se fusilaba en las arenas y cuando las calles y el interior de la catedral tenían todavía cadáveres de civiles y de militares republicanos».

c) Un escrito de Jay Allen que dice lo siguiente: «Mil ochocientas personas fueron asesinadas en las arenas durante doce horas (...) Siete republicanos eminentes fueron asesinados en el toril con gran ceremonial, ante tres mil personas...».

d) El testimonio de James Cleugh, escritor católico, favorable a los rebeldes, que reconoce como muy posible el hecho de que «dos mil republicanos hayan sido ejecutados en las arenas de Badajoz» (10).

¿Ha leído bien el señor Santamaría al historiador Southworth?

Gabriel Jackson dice, por su parte, que «no cabe duda de la ceremonia nocturna, la cual ocurrió en otros pueblos antes de Badajoz» —¿qué ceremonia noc-

turna es ésta?—. Tal vez la misma que citó René Bru en el *The New York Times* —que Jackson cita también— y que «estimaba alrededor de mil prisioneros esperando ser ejecutados en la plaza de toros de Anadaleja» (11).

En lo que se refiere a Koestler, que yo sepa, nunca negó la existencia de las matanzas de Badajoz, así es que no sé qué pretende el señor Santamaría cuando recurre a él, ya que en *The Invisible Writing*, Koestler continúa afirmando que existieron «las matanzas de Badajoz (...) a la vista de todos» (12).

El señor Santamaría acaba su carta diciendo: «Relatos como los del señor Tenorio que, además de incluir hechos falsos y de basarse en fuentes más que dudosas, tienen como objeto exclusivo los actos de barbarie, unos ciertos y otros falsos, cometidos por uno solo de los bandos de la guerra civil española» —y se refiere a los trabajos que aparecen en *Tiempo de Historia*—. No voy a defender a nadie, ya que ahí está la colección de su revista mensual para todo aquel que quiera consultarla. Respecto a mí, el señor Santamaría está absolutamente desautorizado, y lo estará hasta que yo decida lo contrario, a afirmar o insinuar que yo sólo me fijo en tal o cual bando. En mi próximo libro: *Mitos y leyendas de la guerra de España*, dedico capítulos enteros al asesinato de José Calvo Sotelo; al Gobierno José Giral y su ayuda del extranjero; a la persecución religiosa en zona republicana (y en zona franquista); al terror rojo (y al blanco-azul); a las Brigadas Internacionales; a los consejeros soviéticos y sus crímenes políticos; a Largo Caballero y los rusos; al asesinato de Durruti; a los sucesos de mayo del 37 en Barcelona; a la persecución y al proceso del POUM, incluyendo la tortura y el asesinato de Andreu Nin; a la traición del coronel Casado; a los desmanes de algunas columnas anarquistas, etcétera, etcétera. Quiero decir que no tengo que recibir lecciones de nadie.

Ultimo detalle, y siento abusar de su amabilidad, el señor Santamaría habla de crímenes cometidos en zona roja desde el 18 de julio de 1936 hasta el 1 de abril de 1939; de ellos me encargaré en el apartado «Terror rojo». Pero no pienso detenerme en esa fecha, ya que en España se siguió matando en masa, hasta, por lo menos, 1943. Y eso nos lo dicen fascistas-franquistas de la talla del Conde Ciano o Robert Brasillach. De esos crímenes también hablaré, porque, por temperamento y naturaleza, estoy en contra del crimen y de la barbarie. Máxime si ese crimen y esa barbarie se ceba despiadadamente con mi pueblo y mi país: los españoles y España.

Rafael Tenorio.

(11) Gabriel Jackson: *The Spanish Republic and the civil war, 1931-1939*, Princeton University Press, Princeton-New Jersey, 1972, p. 269 nota 7. Véase también Gabriel Jackson: *Breve historia de la guerra civil de España*, Ruedo Ibérico, París, 1974, p. 58, que también habla «de que hubo matanzas masivas, y no sólo en Badajoz sino también en otras ciudades y pueblos». Véase también Gabriel Jackson: *La República española y la guerra civil*, Editorial Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1976, p. 243-244. Nada de lo que ha dicho Jackson podrá consolar al señor Santamaría.

(12) Arthur Koestler: *The Invisible Writing*, Colin-Humish-Hamilton, London, 1954, p. 326. Citado en Southworth: *El Mito de la Cruzada de Franco*, Ruedo Ibérico, París, 1963, p. 79-80.

(7) Conversación con Marcel Dany (26 de junio de 1979) en París.

(8) Hugh Thomas: *Histoire de la Guerre d'Espagne*, Robert Laffont, París, 1967 —dos volúmenes—, tomo I, p. 350.

(9) Thomas, libro citado, I, p. 350 nota 1. Véase también Hugh Thomas: *La guerra civil española* —edición corregida y aumentada—, Ruedo Ibérico, París, 1967, p. 280.

(10) Herbert R. Southworth: *Le Mythe de la Croisade de Franco*, Ruedo Ibérico, París, 1964, p. 214-215 y nota 177; p. 185 y p. 216 nota 201; p. 217 nota 208 y p. 186.